



a sustituir la realidad, si el ahogo se ha hecho institución, si la calle se convierte en bambalina a la enésima potencia (principal foro para el realismo invisibilizante), entonces resulta en extremo coherente programar juntas *Un día después* (Nicholas Meyer, 1983) y *Fantasia* (Walt Disney, 1940), *Johnny tomó su fusil* (Dalton Trumbo, 1971) y *Nuestros años felices* (Sidney Pollack, 1973), *Érase una vez en Hollywood* (Jack Haley Jr., 1974) y *Baile de ilusiones* (Sidney Pollack, 1969). El ciclo compuesto por tales programas dobles podría usar como nombre global el título inglés de este último filme: *That's Entertainment!* La pantalla es vaso comunicante si por medio de condicionar su reflejo el imperio demanda crearse (y creerse). Esa mudez dice lo que *tiene que decir*.

La fiesta anual de entrega del Óscar es el centro neurálgico de una cinematografía pionera en el realismo. Sin embargo, en esa última bambalina que —a la manera del cuento de Poe— se oculta en el sitio más evidente, esa “ceremonia” muestra su talón de Aquiles: el ahogo impuesto a una exuberancia no puede ser indefinidamente sostenido —un convenio de este tamaño, destinado a mantenerse en el vilo constante, es su propio detonador tarde o temprano. La gran unidad de fondo en la “Meca del cine” radica en un gambito a fin de cuentas *nominativo*: si el realismo norteamericano es modelo y si mani-

fiesta “vigencia” es porque sus películas son su propio *manual de significaciones*. Antes que el género llega su definición; antes que la anécdota, los términos en que debe ser leída. Es posible, pues, adelantarse aún más y redefinir la forma de definir. No es “inverosímil” —y aun menos “imposible”— una profunda revisión —sin miedo a las caducidades, al hoy abierto, al decir sin mordazas— del vocabulario con que fuera construido el decálogo. La jaula de oro lo sabe mejor que nadie, y de ahí que de modo involuntario ofrece la mejor recomendación para estudiar el puñado de obras que cubre con su gélida indiferencia: filmes que, partiendo del ineludible lugar común que toda obra requiere para ser escuchada, logran innovar el lenguaje atávico y tomar las riendas de la palabra (con la sobrenatural lucidez necesaria para *hablar igual* y a pesar de todo *hablar*).

Las mecánicas desacreditantes no sólo bañan de caducidad y añejamiento al fascinante umbral originario del cine —el asombro: salto e inmersión—, sino a esa otra elocuencia que se contiene en el cine independiente, por lo general básico ventilador de cualquier cinematografía; un cúmulo de sobreentendidos minimiza y depreda a esos canales marginales que —a veces— trascienden el lugar común porque heredan una lucidez pronunciativa fuera de lo previsible. La estrategia quiere diseñar a sus detractores: por eso arrebató todo canal a ciertos inconformes que acuden al centro mismo de las estrategias para averiguar así qué terreno pisan (y usarlo como trampolín). Los rebeldes parten de una certeza que a cualquier precio Hollywood trata de encubrir: pese al derroche de bisutería, cohecho y rapaña instituidas, la fiesta de las nominaciones no es *todo* el espacio ni *todo* el tiempo susceptibles de Enunciación.

La cinematografía norteamericana parece intuir que clasificar es ser clasificado; por ello, antes se preocupa por especificar cada uno de los futuros sobreentendidos. Es posible usar esa fuerza en su contra si las obras que quieren *saber decir* se colocan firmemente en esa primera proyección pública del Boulevard des Capucines (lo que implica requerir el asombro sin mitigaciones, sin resquicios por donde la costumbre filtre sus congelantes y cobre sus venganzas). Acaso la espesura recobre su crecimiento coartado cuando se haga una verdadera fiesta del acto mismo de percibir, cuando nominar sea perder las fronteras que vuelven a la palabra jaula de sí misma. ◊

Literatura

MAXIMILIANO Y SUS AMIGOS

Por Óscar Reyes Retana

En 1840 México tenía 19 años de vida independiente, 16 años de haberse constituido como república, cuatro años de haber perdido Texas. Diecinueve años de intensa actividad política, pasando del imperio al federalismo, al centralismo. Diecinueve años de ensayos infructuosos, que ocasionaron el fusilamiento de un exemperador y de un expresidente. Las corrientes de opinión se dividían entre los hombres de 1810, que buscaban un cambio de cosas y los hombres de 1821, que buscaban un cambio de personas. Primero el Plan de Iguala frente a *Los sentimientos de la nación*, luego el centralismo contra el federalismo y todavía faltaban otros enfrentamientos entre la reacción y el progreso, apodados con nombres diferentes.

En ese mismo año de 1840 el presidente Anastasio Bustamante invitó a José María Gutiérrez Estrada a encargarse del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Mexicana. Gutiérrez Estrada había ocupado con anterioridad ese puesto y su breve carrera en el servicio público se desarrolló hasta entonces en el campo de la diplomacia. En esta ocasión no sólo rechazó la invitación que el presidente le hacía sino que publicó una carta que originó muchos más problemas de los que se podían esperar. En esta carta, ahora famosa, proponía Gutiérrez un cambio de sistema político en México. En parte de la carta se menciona como la mejor solución al desorden existente una monarquía con un príncipe extranjero en el trono. Las primeras consecuencias de la carta fueron el encarcelamiento del editor y el exilio del autor.

En 1847 la situación en el país había empeorado: a la división interna se agregaba la guerra con Estados Unidos, durante la cual un grupo de valientes mexicanos defendió el convento de Churubusco frente a los invasores. Uno de los defensores, José Manuel Hidalgo, mereció una nota favorable por su conducta valerosa y en premio se le envió al año siguiente como miembro de la legación mexicana en Londres. Este joven de 22 años era hijo del

coronel español que tomó juramento a los signatarios del Plan de Iguala.

En 1853 a las pérdidas de territorio sufridas en 1836 y 1848 se agregó, ahora por venta, la de La Mesilla y Antonio López de Santa-Anna envió a Nueva York al señor Francisco de P. Arrangoiz a recoger el dinero producto de la venta. El señor Arrangoiz, quien ya había sido ministro de Hacienda de México decidió que tenía derecho a una comisión del 1% sobre el monto cobrado. Se quedó con el dinero pero como Santa-Anna se enojó no pudo volver a México.

Así, en 1854 y por diferentes razones vivían en Europa tres mexicanos conservadores monárquicos. A dos de ellos —Gutiérrez e Hidalgo— les encargaron, primero Santa-Anna y después Zuloaga y Miramón, que buscaran un príncipe católico para gobernar al ingobernable México. La Revolución de Ayutla y la batalla de Calpulalpan obstaculizaron grandemente sus esfuerzos.

Para 1860 los tres estaban desempleados. También estaba desempleado el archiduque austriaco Fernando Maximiliano. Después de dos años de haber gobernado en representación de su país la provincia Lombardo-Veneta, debió retirarse a Miramar con motivo de la guerra en Italia entre Francia y Austria.

Pero 1861 les deparó grandes y agradables sorpresas. La expulsión del embajador español de México y la ley de suspensión del pago de la deuda externa irritaron a las tres potencias europeas de entonces: España, Francia e Inglaterra. Pronto se pusieron de acuerdo estas tres potencias en que no se podía tolerar una conducta así y que el gobierno mexicano debía ser sancionado. Firmaron en Londres, el 31 de octubre, una convención para mandar tropas armadas a México con la obligación de establecer garantías para el cumplimiento de sus reclamaciones y algunas instrucciones secretas que tenían que ver con un cambio de gobierno en el país invadido. También los tres emigrados mexicanos se pusieron de acuerdo en que era necesario aprovechar la irritación y represalias consecuentes de las potencias. Una carta de la suegra de Gutiérrez Estrada, dama de compañía de la archiduquesa Carlota, metió al archiduque en la comedia de las equivocaciones fraguada por los tres mexicanos. Cuatro individuos ociosos y aburridos iban a armar un plan muy superior a sus capacidades.

Todavía en 1861, Gutiérrez Estrada fue el primer mexicano que propuso a Maximiliano la corona, haciéndose cargo del

gobierno de México y estableciendo para ello la institución de sus amores: la monarquía. La Nochebuena de ese año fue doblemente buena para el católico-monárquico que festejó en un solo evento la natividad de Jesucristo y del imperio mexicano.

1862 fue el año en que los ingleses y los españoles decidieron retirarse de México y los franceses no pudieron tomar Puebla. La victoria mexicana pospuso el plan y obligó al emperador francés a enviar refuerzos y cambiar al comandante de las tropas. Fue para los nuevos amigos un año de ilusiones perdidas y recuperadas, de afianzamiento de la muy nueva amistad. El archiduque y su esposa tenían muchas ganas de ser emperadores de México; por eso decidieron conquistar las voluntades de los mexicanos exiliados que podían instrumentar ese deseo para volverlo realidad. Con el primero que los visitó, Gutiérrez Estrada, Maximiliano se mostró devoto y conservador como convenía. Con Hidalgo fue amable y cortés. Con Arrangoiz habló de historia y de finanzas. El resultado fue un feliz encuentro: los mexicanos tenían a su príncipe azul, el príncipe a sus súbditos enamorados. Faltaba el trono.

En 1863 al fin cayó Puebla; las tropas francesas entraron a la capital de la todavía República y el horror de la pacificación se extendió por casi todo el país; se instaló la Junta de Notables y la Regencia. En octubre de ese año se presentaron en Miramar nueve mexicanos, entre ellos Gutiérrez Estrada e Hidalgo, para ofrecer a Maximiliano no sólo la corona. Esta vez le ofrecían además el trono. El príncipe aceptó en principio, condicionando la aceptación definitiva a la expresión de la mayoría de los mexicanos. Las tropas francesas además de pacificar se vieron en la necesidad de levantar actas voluntarias de adhesión.

El 10 de abril de 1864 aceptó el archiduque la corona, el trono, el apoyo del ejército francés y el dinero de un préstamo colocado en Londres y París. Gutiérrez Estrada llevaba entonces veinticuatro años fuera de México, Hidalgo dieciséis y Arrangoiz diez. A pesar de sus largas ausencias no extrañaban mucho al país, por lo que Gutiérrez resolvió quedarse a vivir en su palacio de Roma, aun cuando se le ofreció la legación en Viena; Hidalgo fue nombrado ministro en París y Arrangoiz en Bruselas. Así se separaron los amigos. El europeo iba a México y los mexicanos se quedaron en Europa. Sólo Hidalgo volvería a ver a Maximiliano.

La distancia suele gastar, con el paso del tiempo, las amistades poco firmes. En ese caso se agregó un elemento que hubiera terminado con los lazos más sólidos: la deslealtad, que fue el signo característico de este embrollo. Los amigos mexicanos no fueron leales con el príncipe a quien pintaron una imagen de México muy diferente de la real. El archiduque no fue leal con los mexicanos, a quienes no mencionó ni el tratado de Miramar ni sus verdaderas intenciones. Uno y otros fueron poco leales con su país: Maximiliano al denunciar el pacto de familia, por el que renunciaba a sus derechos sucesorios. Los mexicanos al propiciar la invasión de su país y el establecimiento de un gobierno extranjero apoyado en tropas extranjeras. Que el fin no siempre justifica los medios quedó claro el 19 de junio de 1867.

Quedan algunos datos de cómo terminó esta breve amistad. Gutiérrez empezó a distanciarse desde que en Miramar tuvo diferencias con el archiduque sobre quiénes debían colaborar con el nuevo gobierno y la política que el príncipe pensaba aplicar. Dicen que al despedirse en Roma exclamó Gutiérrez: "Que Dios proteja al emperador". Más adelante le escribió muchas cartas a Maximiliano en las que recriminaba su actitud hacia la Iglesia y los conservadores mexicanos. Maximiliano se refería a él como ultramontano, reaccionario y "vieja peluca". Sin embargo no hubo rompimiento definitivo entre ellos y en la correspondencia que mantuvieron siempre se trataron correctamente.

Arrangoiz renunció al cargo de ministro como protesta al decreto de libertad de cultos y a las diferencias entre el archiduque y el nuncio papal. Hizo pública su renuncia y las causas de ella, lo que disgustó a Maximiliano, quien lo calificó de antipatriota y falso amigo del imperio.

Hidalgo fue víctima de intrigas. Descontento con el gobierno de Maximiliano, envió su renuncia al puesto de ministro en París. Antes de que la renuncia hubiera podido llegar a destino recibió instrucciones de presentarse en México para informar de su misión. Viajó a México, donde fue removido del puesto al que había renunciado. Regresó a París y se le acusó de indisciplina.

Maximiliano insistía en hacer ver a Gutiérrez la realidad directamente. "Venga usted aquí, querido amigo", le escribía desde México. Sin embargo las cartas, extensas por parte de ambos correspondientes, eran de reproches. Gutiérrez, en misivas que llegaron a las 112 cuartillas, opinaba que era necesario hacer todo de ma-

nera diferente a como se iba haciendo. Maximiliano, por su parte, descalificaba las opiniones del mexicano, a quien decía que no conocía su propio país debido precisamente a su larga ausencia. Esta amistad, a pesar de todo, no acabó mal. Una de las cartas que escribió Maximiliano antes de morir fue precisamente para agradecer a Gutiérrez Estrada su amistad. Ignoraba que su destinatario no la vería.

Gutiérrez Estrada murió el 29 de mayo de 1867 en Bruois, Francia. Maximiliano murió el 19 de junio del mismo año en Querétaro, México. Arrangoiz e Hidalgo, más afortunados, vivieron para escribir sus recuerdos de la fugaz amistad que les unió a Maximiliano y justificar sus consecuencias.

Arrangoiz escribió un libro titulado: *México desde 1808 hasta 1867* en donde dice del archiduque austriaco: "Era Maximiliano de imaginación exaltada, de inconstante carácter; amable con las personas de quienes necesitaba; seco, altivo y vengativo con los que no aprobaban sus desaciertos; falso en extremo. Capaz en un momento de entusiasmo de mostrarse grande y generoso, necesitaba oír cantar las alabanzas de sus actos al día siguiente. Dominaba en él la idea de ser emperador de Austria, lo cual no era un secreto para su hermano, quien, para alejarle, se apresuró a dar su consentimiento para que fuera a México, renunciando a sus derechos eventuales a la corona a que aspiraba. La conducta de Maximiliano iba dirigida en todo a procurar la realización de sus proyectos ambiciosos y creyó que el trono de México le presentaba el medio de llevarlos a cabo. Por eso aceptó la candidatura apenas se le propuso con la mala fe que caracterizó toda su conducta en el partido conservador hasta noviembre de 1866. . . ." Esto escribió Arrangoiz cuando ya Maximiliano había muerto. Al propio archiduque le dirigió, cuando el futuro no se veía negro, el 13 de abril de 1865, desde Londres, una extensa carta que contiene, además de su renuncia, un severo juicio contra el gobierno del que se separaba y del archiduque sobre todo. En el transcurso de la carta, recuerda Arrangoiz haber sido de los primeros y más fervientes partidarios de Maximiliano y la parte activa que realizó para lograr su llegada al trono. Recuerda también haber oído a Maximiliano manifestar ideas sumamente conservadoras y la intención de gobernar con ellas. Transcribo algunos párrafos: ". . . otras veces había tenido la intención de renunciar: cuando llegó a mi conocimiento el discurso de V.M. el 16 de sep-

tiembre; cuando leí su carta al Ministro de Justicia en contra de Su Santidad y el día que llegó a mis manos la protesta de V.M. contra la renuncia que hizo en Miramar a sus derechos eventuales al trono de Austria. . .

". . . Los partidos en México puede decirse que son dos hoy: el de los hombres de 1810, que son los ultrarrepúblicanos, y los de 1821, que son los monárquicos. . . El discurso que V.M. pronunció el 16 de septiembre y la supresión de la festividad del 27, del verdadero aniversario de la Independencia, ofendió gravemente a los hombres de 1821. . .



"No cito otros decretos de V.M. por no hacer demasiado larga esta carta, y me ocupó inmediatamente de los dos que han causado mi renuncia. . . ; los de libertad de cultos y de bienes de la Iglesia.

"La libertad de cultos en México es perjudicial: los mexicanos son católicos observantes la mayoría. . .

"El decreto sobre los bienes de la Iglesia, que a ningún partido ha satisfecho, nadie lo esperaba. . . V.M. oír decir, aun a muchos republicanos: 'Todo, señor, con la aprobación de Su Santidad; nada sin ella'. . ."

Se extiende Arrangoiz sobre comentarios que se originan en el círculo allegado a Maximiliano, tendientes a desprestigiar al pueblo de México, a todos sus gobernantes, funcionarios, jueces y clero y le reclama: "Muy justo, muy debido es ensalzar a V.M. con la obra que ha emprendido; pero ni es justo ni es político que para ello se humille y envilezca a un pueblo. . ."

Viene después el reproche que a la vez refrendaba el temor de haber sido simple

instrumento de los designios ocultos del archiduque: "Debo también manifestar a V.M. que la protesta sobre la renuncia que hizo V.M. en Miramar a sus derechos eventuales al trono de Austria, hace temer que V.M. no piense permanecer en México."

Esta carta es un largo lamento y un reproche al amigo que no cumplió. Hidalgo, por su parte, escribió veinticuatro años después unos apuntes para la historia del imperio, que son ilustradores. En las páginas que se han conservado de esos apuntes, relata Hidalgo su participación en la búsqueda de apoyo y de príncipe para el trono mexicano. Está ahí expuesta la intriga que lo llevó al rompimiento con el archiduque. Revelador de sus sentimientos es un diálogo entre un sacerdote y el propio Hidalgo, durante el viaje de regreso a Europa: "En el mismo vapor que me traje (de regreso a Europa) se hallaba un santo religioso español, que conocí en Trieste y que los emperadores se llevaron a México como confesor. Volví por su voluntad, triste y afectado de lo que había visto, y como sabía lo que había pasado conmigo, se explayó con acento conmovido: 'Sr. Hidalgo —decía— estos señores, o representaron una comedia en Miramar o han perdido la cabeza en México'. 'Lo primero' —le contesté— al recordar su piedad, su respeto a la Iglesia, sus ideas conservadoras, el aprecio que hacía de nuestros servicios a la causa del imperio y tantas cualidades y buenos propósitos en todo, y ver ahora cómo olvidaba lo que juró a los pies de Pío IX después de comulgar, cómo se burlaba en plena mesa de los devotos y conservadores, llamándoles cangrejos y tantas cosas increíbles."

Continúa este diálogo real o imaginario de la siguiente manera: "Yo he oído decir a la emperatriz que nada le importaba perder esta corona mexicana, pues en Europa encontrarían otra más bella —dijo el sacerdote: '¿A qué Corona cree usted que aludía?' —pregunté— 'Para mí es claro que se trataba de la de Hungría, en donde hay aún descontento'. 'Lo propio creo'. — le dije."

Siguen discurrendo Hidalgo y el sacerdote sobre la situación de Maximiliano en Miramar, desairado por su familia y la oportunidad de un imperio en México que le diera fama de príncipe liberal. Dice Hidalgo: "Esta gloria tan legítima pudo haberla alcanzado con sólo intentarlo de buena fe, sin intención oculta ni designios torcidos; pero a esos inconvenientes añadió una incapacidad gubernamental, una veratilidad de carácter que no se sospecha-

ba de él."

Maximiliano escribió a Juan N. Almonte, nuevo ministro en París: "Espero que Hidalgo habrá recobrado ya la tranquilidad de alma que le faltó, y nada deseo más que poder perdonar al que fue en otro tiempo mi buen amigo". Como no volvieron a verse ni a escribirse tampoco tuvieron ocasión de perdonarse.

Corti, defensor de Maximiliano, acusa a Gutiérrez y a Hidalgo de haber antepuesto sus intereses personales, particularmente los pecuniarios, a los más altos de su monarca. Hidalgo insinúa que la colocación de préstamos a pagar por México, produjo ganancias al archiduque. Gutiérrez aprovechaba sus largas cartas para pedir indemnizaciones.

Por supuesto no puede negarse a los cuatro amigos talento para la intriga. Lograron que en su plan participaran muchas más personas, entre ellas: un papa, dos emperadores, tres reyes, varios obispos, numerosos ministros, dos mariscales de Francia, un consejo de Estado, una junta de notables compuesta por 215 individuos, una regencia y un ejército francés regular con sus oficiales, incluidos varios generales, dos batallones de la Legión Extranjera, tropas de contraguerrilla, voluntarios austriacos y belgas, hasta sumar un total de cuarenta mil hombres armados. Sin olvidar a Juan N. Almonte, al padre Francisco X. Miranda, a los generales Márquez, Mejía y Miramón, a la pareja Salm-Salm y a otros muchos aventureros.

Frente a ese contingente se encontraban unos cuantos hombres, apoyados por un ejército cuyos efectivos fluctuaban. Estos hombres eran serios, firmes en sus ideas, optimistas y leales. Sobre el pequeño grupo errante descollaba uno que además de las virtudes dichas poseía un talento político excepcional y la profunda convicción de tener de su lado la razón.

Es sorprendente que lo que no debió pasar de una intriga de salón, de un juego para entretener el ocio, se haya convertido en una página de la historia del mundo. Situaciones que hubieran servido para anecdotario se encadenaron y por las circunstancias concurrentes devinieron en una intervención armada, con todo el dramatismo de la guerra; en una usurpación con todo lo trágico de la derrota y al fin en la consolidación de la nación mexicana y sus instituciones republicanas, pagada a un precio altísimo: miles de vidas, cuantiosos recursos y resentimientos difíciles de olvidar.

Pero Maximiliano y sus amigos no pensaban en esto cuando se conocieron. ◊

Discos

25 GRABACIONES SOBRESALIENTES DE 1988 (3a. parte)

Por Rafael Madrid

MAHLER: SINFONÍA No. 8 Klaus Tennstedt dirige la Orquesta Filarmónica de Londres y coros, Coro de Niños de la Tiffin School. Solistas: Elizabeth Connell, Edith Wiens y Felicity Lott, sopranos; Trudeliese Schmidt y Nadine Denize, mezzosopranos; Richard Versalle, tenor; Jorma Hynninen, barítono; Hans Sotin, bajo, y EMI CDS 7 47625 8.

En su monumental *Octava Sinfonía* Gustav Mahler vuelve, como en el caso de su 2a, 3a y 4a sinfonías, al uso de palabras como portadoras de sus ideas en la búsqueda de redención, que le habían obsesionado durante la última década del siglo pasado. La obra a pesar de su magnitud fue escrita en un tiempo muy breve y cuando el bosquejo fue terminado, ese mismo día le escribió a Mengelberg: "Es lo más grande que he hecho. . . imagínese que todo el universo comienza a vibrar y a resonar. Esto ya no son voces huma-

nas, sino planetas y soles en rotación."

El plan de la obra es característico de Mahler: afirmar la fe cristiana y el poder del espíritu como lo expresa el antiguo himno: *Veni Creator Spiritus* (primera parte de la sinfonía) y unirlo a la visión simbólica de Goethe: (segunda parte) en la última escena de Fausto, la redención de la humanidad a través del amor representado por el eterno femenino. En esta escena el alma de Fausto es llevada por los ángeles a su salvación, concedida por la Virgen María (*Mater Gloriosa*). Gustav Mahler le dedicó la *Octava Sinfonía* a su esposa Alma Mahler.

Hacer un comentario más sustancial de esta obra sale de los límites de esta breve reseña y de nuestro espacio asignado, de modo que nos limitamos a recomendarla a los discófilos noveles, pues seguramente forma parte ya de la colección de todo mahlerista.

La versión que nos ofrece EMI con el director de la Alemania del Este, Klaus Tennstedt, es probablemente la mejor que pueda encontrarse en disco compacto, no solamente desde el punto de vista de su interpretación y ejecución sino porque los ingenieros ingleses capturaron con gran pericia y acierto la magnitud y —extraño como pueda parecer— la intimidad de esta superlativa ejecución.

Se dice que la *Octava Sinfonía* no es una obra tan efectiva como la 2a, principalmente porque es realmente difícil reconciliar la parte I con la parte II a pesar de las conexiones temáticas, pero la característica sobresaliente del logro de Tennstedt es que, basándose en su propia creencia de la supremacía de la música, consigue esa reconciliación en forma más convincente que cualquier otro director. Su visión y control alcanzan lo sublime. Solistas, coro y orquesta contribuyen a ello en forma espléndida.

Gramophone le concedió el premio de Disco del Año 1987 en la categoría orquestal.

TCHAIKOVSKY: SINFONÍA No. 6
"Patética" Leonard Bernstein dirige la Orquesta Filarmónica de Nueva York. DEUTSCHE GRAMMOPHON 419604

Esta grabación fue realizada en el Avery Fisher Hall de Nueva York en agosto de 1986 y aparentemente no fue ejecutada con público en la sala, al menos no lo consignan las notas al programa, lo cual vendría a ser un hecho prácticamente insólito, pues es bien sabido que Leonard Bernstein ha grabado desde hace varios años



Mahler